

The background of the cover is a detailed illustration of a scorpion, rendered in a style that blends naturalistic detail with artistic shading. The scorpion is positioned centrally, with its pincers (pedipalps) raised and its legs splayed out. The color palette is dominated by warm, earthy tones: various shades of brown, tan, and olive green, which give the illustration a textured, almost parchment-like appearance. The lighting is dramatic, highlighting the scorpion's body and legs against a darker, shadowed background.

Ambrose Bierce

Una Tumba  
Sin Fondo

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE  
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# UNA TUMBA SIN FONDO

**AMBROSE BIERCE**

**PUBLICADO: 1888**  
**FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**  
**TRADUCTOR: ELEJANDRÍA**

Esta edición de *Una tumba sin fondo* ha sido traducida al castellano por Elejandría desde su publicación original en inglés disponible en [en.wikisource.org](http://en.wikisource.org).

# UNA TUMBA SIN FONDO

**AMBROSE BIERCE**

Me llamo John Brenwalter. Mi padre, un borracho, tenía la patente de un invento para hacer bayas de café de arcilla; pero era un hombre honrado y no se dedicaba a la fabricación. Por lo tanto, sólo era moderadamente rico, ya que los derechos de autor de su valioso invento apenas le daban para pagar los gastos de los litigios con los pícaros culpables de la infracción. Así pues, yo carecía de muchas ventajas de las que gozan los hijos de padres sin escrúpulos y deshonorosos, y de no haber sido por una madre noble y devota, que descuidó a todos mis hermanos y hermanas y supervisó personalmente mi educación, habría crecido en la ignorancia y me habría visto obligado a enseñar en la escuela. Ser el hijo predilecto de una buena mujer es mejor que el oro.

Cuando tenía diecinueve años, mi padre tuvo la desgracia de morir. Siempre había gozado de una salud perfecta, y su muerte, ocurrida en la mesa sin previo aviso, no sorprendió a nadie más que a él mismo. Esa misma mañana le habían notificado que le habían concedido la patente de un dispositivo para abrir cajas fuertes por presión hidráulica, sin ruido. El Comisario de Patentes lo había declarado el invento más ingenioso, eficaz y, en general, meritorio que se le había presentado nunca, y mi padre, naturalmente, había esperado una vejez de prosperidad y honor. Su repentina muerte fue, por lo tanto, una profunda decepción para él; pero mi madre,

cuya piedad y resignación a la voluntad del Cielo eran virtudes conspicuas de su carácter, estaba aparentemente menos afectada. Al final de la comida, cuando el cuerpo de mi pobre padre había sido retirado del suelo, nos llamó a todos a una habitación contigua y se dirigió a nosotros de la siguiente manera:

"Hijos míos, el insólito suceso que acaban de presenciar es uno de los incidentes más desagradables en la vida de un hombre de bien, y uno en el que tengo poco placer, se los aseguro. Os ruego que creáis que no he tenido nada que ver con ello. Por supuesto - añadió, después de una pausa, durante la cual sus ojos se clavaron en una profunda reflexión-, por supuesto que es mejor que esté muerto".

Pronunció esto con un sentido tan evidente de su obviedad como una verdad evidente que ninguno de nosotros tuvo el valor de desafiar su sorpresa pidiendo una explicación. El aire de sorpresa de mi madre cuando alguno de nosotros se equivocaba de alguna manera era muy terrible para nosotros. Un día, cuando en un arrebatado de mal genio, me tomé la libertad de cortarle la oreja al bebé, sus simples palabras: "¡Juan, me sorprendes!" me parecieron una reprimenda tan aguda que, después de una noche de insomnio, fui a verla llorando, y arrojándome a sus pies, exclamé: "Madre, perdóname por sorprenderte". Así que ahora todos -incluido el bebé de una sola oreja- pensamos que sería más suave aceptar sin rechistar la afirmación de que era mejor, de alguna manera, que nuestro querido padre estuviera muerto. Mi madre continuó:

"Debo decirles, hijos míos, que en un caso de muerte repentina y misteriosa la ley exige que el forense venga a cortar el cuerpo en pedazos y los someta a una serie de hombres que, tras inspeccionarlos, declaran a la persona muerta. Por ello, el forense recibe una gran suma de dinero. Deseo evitar esa dolorosa formalidad en este caso; es algo que nunca ha contado con la aprobación de los restos. John -aquí mi madre volvió su cara de ángel hacia mí-, eres un muchacho educado y muy discreto. Ahora tienes la oportunidad de mostrar tu gratitud por todos los sacrificios que tu educación ha supuesto para el resto de nosotros. John, ve a eliminar al juez de instrucción".

Inexpresivamente encantado por esta prueba de la confianza de mi madre, y por la oportunidad de distinguirme por un acto que cuadraba con mi disposición natural, me arrodillé ante ella, llevé su mano a mis labios y la bañé con lágrimas de sensibilidad. Antes de las cinco de la tarde había eliminado al juez de instrucción.

Inmediatamente me arrestaron y me metieron en la cárcel, donde pasé una noche de lo más incómoda, sin poder dormir a causa de las blasfemias de mis compañeros de prisión, dos clérigos, cuya formación teológica les había dado una fertilidad de ideas impías y un dominio del lenguaje blasfemo sin parangón. Pero a lo largo de la mañana el carcelero, que, durmiendo en una habitación contigua, había sido igualmente molestado, entró en la celda y con un temible juramento advirtió a los reverendos caballeros que si oía más juramentos su sagrada vocación no le impediría echarlos a la calle. Después de eso moderaron su objetable conversación, sustituyéndola por un acordeón, y yo dormí el pacífico y refrescante sueño de la juventud y la inocencia.

A la mañana siguiente fui llevado ante el juez superior, en calidad de juez de instrucción, y se me sometió a un examen preliminar. Me declaré inocente, añadiendo que el hombre al que había asesinado era un notorio demócrata. (Mi buena madre era republicana, y desde la primera infancia había sido cuidadosamente instruido por ella en los principios de un gobierno honesto y en la necesidad de suprimir la oposición facciosa). El juez, elegido por una urna republicana con fondo deslizante, quedó visiblemente impresionado por la contundencia de mi alegato y me ofreció un cigarrillo.

"Con la venia de su señoría", comenzó el fiscal, "no considero necesario presentar ninguna prueba en este caso. De acuerdo con la ley del país, usted se encuentra aquí como juez de instrucción. Por lo tanto, es su deber comprometerse. Tanto el testimonio como la argumentación implicarían una duda de que su Señoría tiene la intención de cumplir con su deber jurado. Ese es mi caso".

Mi abogado, un hermano del difunto forense, se levantó y dijo: "Con la venia del Tribunal, mi docto amigo de la otra parte ha expuesto tan bien y con tanta elocuencia la ley que rige en este caso que sólo me queda preguntar hasta qué punto se ha cumplido ya. Es cierto que su Señoría es un magistrado instructor y, como tal,

tiene el deber de instruir... ¿qué? Ese es un asunto que la ley ha dejado sabia y justamente a su propia discreción, y sabiamente ya ha cumplido con todas las obligaciones que la ley impone. Desde que conozco a su Señoría no ha hecho más que cometer. Habéis cometido abracadabra, robo, incendio, perjurio, adulterio, asesinato, todos los delitos del calendario y todos los excesos conocidos por los sensuales y depravados, incluido mi docto amigo, el fiscal del distrito. Usted ha cumplido con todo su deber como magistrado instructor, y como no hay pruebas contra este digno joven, mi cliente, propongo que se le descargue."

Se produjo un impresionante silencio. El juez se levantó, se puso la gorra negra y, con voz temblorosa por la emoción, me condenó a cadena perpetua y a la libertad. Luego, dirigiéndose a mi abogado, dijo, fría pero significativamente:

"Le veré más tarde".

A la mañana siguiente, el abogado que tan concienzudamente me había defendido contra la acusación de asesinar a su propio hermano -con el que había tenido una disputa por unas tierras- había desaparecido y su destino es hasta hoy desconocido.

Mientras tanto, el cuerpo de mi pobre padre había sido enterrado en secreto a medianoche en el patio trasero de su última residencia, con sus últimas botas puestas y el contenido de su último estómago sin analizar. "Se oponía a la exhibición", dijo mi querida madre, mientras terminaba de apisonar la tierra sobre él y ayudaba a los niños a ensuciar el lugar con paja; "sus instintos eran todos domésticos y amaba la vida tranquila".

En la solicitud de cartas administrativas de mi madre se afirmaba que tenía buenas razones para creer que el difunto había muerto, ya que no había acudido a su casa a comer durante varios días; pero el juez del Tribunal de los Cuervos -como ella siempre lo llamó despectivamente- decidió que la prueba de la muerte era insuficiente, y puso la herencia en manos del Administrador Público, que era su yerno. Se comprobó que el pasivo estaba exactamente equilibrado con el activo; sólo quedaba la patente del dispositivo para abrir cajas fuertes sin ruido, mediante presión hidráulica, y ésta había pasado a ser propiedad del Juez Testamentario y del Administrador Público, como mi querida madre prefería deletrearlo.

Así, en unos breves meses, una familia digna y respetable se vio reducida de la prosperidad al crimen; la necesidad nos obligó a trabajar.

En la selección de las ocupaciones nos regíamos por una serie de consideraciones, como la aptitud personal, la inclinación, etc. Mi madre abrió una selecta escuela privada para instruirse en el arte de cambiar las manchas de las alfombras de piel de leopardo; mi hermano mayor, George Henry, que tenía inclinación por la música, se convirtió en corneta en un asilo vecino para sordomudos; mi hermana, Mary Maria, hizo pedidos de la Esencia de Latchkeys del profesor Pumpnickel para aromatizar manantiales minerales, y yo me establecí como ajustador y dorador de travesaños para horcas. Los otros niños, demasiado jóvenes para el trabajo, siguieron robando pequeños artículos expuestos delante de las tiendas, como les habían enseñado.

En los intervalos de tiempo libre, engañábamos a los viajeros para que entraran en nuestra casa y enterrábamos los cadáveres en un sótano.

En una parte de esta bodega guardábamos vinos, licores y provisiones. Por la rapidez con que desaparecían, adquirimos la creencia supersticiosa de que los espíritus de las personas allí enterradas venían a altas horas de la noche y celebraban una fiesta. Era por lo menos cierto que a menudo, por la mañana, descubríamos fragmentos de carnes en escabeche, conservas y otros despojos semejantes, esparcidos por el lugar, a pesar de que éste había sido cerrado de forma segura y con una barrera contra la intrusión humana. Se propuso retirar las provisiones y almacenarlas en otro lugar, pero nuestra querida madre, siempre generosa y hospitalaria, dijo que era mejor soportar la pérdida que arriesgarse a la exposición: si se negaba a los fantasmas esta insignificante gratificación, podrían poner en marcha una investigación, que echaría por tierra nuestro plan de división del trabajo, desviando las energías de toda la familia hacia la única industria perseguida por mí: todos podríamos decorar los travesaños de las horcas. Aceptamos su decisión con sumisión filial, debido a nuestra reverencia por su sabiduría verbal y la pureza de su carácter.



Una noche, mientras estábamos todos en el sótano -nadie se atrevía a entrar solo- ocupados en otorgar al alcalde de un pueblo vecino los solemnes oficios de un entierro cristiano, mi madre y los niños más pequeños, sosteniendo una vela cada uno, mientras George Henry y yo trabajábamos con una pala y un pico, mi hermana Mary Maria lanzó un grito y se cubrió los ojos con las manos. Todos nos sobresaltamos terriblemente y las exequias del alcalde se suspendieron al instante, mientras con rostros pálidos y en tonos temblorosos le rogábamos que dijera qué la había alarmado. Los niños más pequeños estaban tan agitados que sostenían sus velas de forma inestable, y las sombras ondulantes de nuestras figuras bailaban con movimientos groseros y grotescos en las paredes y se arrojaban en las actitudes más extrañas. El rostro del muerto, que ahora brillaba espantosamente a la luz, y que ahora se extinguía por alguna sombra flotante, parecía en cada aparición haber tomado una nueva y más prohibitiva expresión, una amenaza más maligna. Asustadas aún más que nosotros por el grito de la niña, las ratas corrían en multitud por el lugar, chillando con estrépito, o mirando la negra opacidad de algún rincón lejano con ojos firmes, meros puntos de luz verde, que hacían juego con la tenue fosforescencia de la podredumbre que llenaba la tumba a medio cavar y parecía la manifestación visible de ese tenue olor a mortalidad que contaminaba el aire malsano. Los niños ahora sollozaban y se aferraban a los miembros de sus mayores, dejando caer sus velas, y estuvimos a punto de quedarnos en la oscuridad total, excepto por aquella siniestra luz, que brotaba lentamente de la tierra removida y desbordaba los bordes de la tumba como una fuente.

Mientras tanto, mi hermana, agazapada en la tierra que había salido de la excavación, se había quitado las manos de la cara y miraba con ojos dilatados un espacio oscuro entre dos barriles de vino.

"¡Allí está! -¡Allí está!", gritó señalando; "¡Dios del cielo! ¿No lo ves?".

Y allí estaba: una figura humana, que se distinguía débilmente en la penumbra, una figura que se tambaleaba de un lado a otro como si estuviera a punto de caer, que se agarraba a los barriles de vino



para apoyarse, que se había adelantado inestablemente y que por un momento se reveló a la luz de las velas que nos quedaban; luego se levantó pesadamente y cayó al suelo. En ese momento todos reconocimos la figura, el rostro y el porte de nuestro padre, muerto desde hacía diez meses y enterrado por nuestras propias manos, nuestro padre indudablemente resucitado y espantosamente borracho.

Sobre los incidentes de nuestra precipitada huida de aquel horrible lugar, sobre la extinción de todo sentimiento humano en aquella tumultuosa y loca carrera por las húmedas y mohosas escaleras, resbalando, cayendo, tirando unos de otros y trepando por encima de las espaldas de otros, con las luces apagadas, los bebés pisoteados bajo los pies de sus fuertes hermanos y lanzados hacia atrás hasta la muerte por el brazo de una madre, sobre todo esto no me atrevo a detenerme. Mi madre, mi hermano mayor y yo escapamos; los demás se quedaron abajo, para perecer de sus heridas o de su terror; algunos, tal vez, por las llamas. En menos de una hora, los cuatro, reuniendo apresuradamente el dinero y las joyas que teníamos y la ropa que podíamos llevar, incendiábamos la vivienda y huimos por su luz hacia las colinas. Ni siquiera nos detuvimos a cobrar el seguro, y mi querida madre dijo en su lecho de muerte, años después en una tierra lejana, que éste era el único pecado de omisión que pesaba sobre su conciencia. Su confesor, un hombre santo, le aseguró que, dadas las circunstancias, el Cielo perdonaría la negligencia.

Unos diez años después de nuestra mudanza de los escenarios de mi infancia, yo, que entonces era un próspero falsificador, volví disfrazado al lugar con la intención de obtener, si era posible, algún tesoro que nos perteneciera y que estuviera enterrado en el sótano. Puedo decir que no tuve éxito: el descubrimiento de muchos huesos humanos en las ruinas había puesto a las autoridades a cavar en busca de más. Habían encontrado el tesoro y lo habían guardado para su honestidad. La casa no había sido reconstruida; todo el suburbio era, de hecho, una desolación. Se había informado de tantas imágenes y sonidos sobrenaturales en los alrededores que nadie quería vivir allí. Como no había nadie a quien interrogar ni molestar, resolví gratificar mi piedad filial contemplando una vez más

el rostro de mi amado padre, si es que nuestros ojos nos habían engañado y seguía en su tumba. Recordé, además, que siempre había llevado un enorme anillo de diamantes, y como nunca lo había visto ni había oído hablar de él desde su muerte, tenía razones para pensar que podría haber sido enterrado con él. Consiguiendo una pala, pronto localicé la tumba en lo que había sido el patio trasero y comencé a cavar. Cuando había bajado unos cuatro pies, todo el fondo se desprendió de la tumba y me precipité en una gran alcantarilla, cayendo a través de un largo agujero en su desmoronado arco. No había ningún cuerpo, ni ningún vestigio de uno.

Incapaz de salir de la excavación, me arrastré por el sumidero y, tras retirar con cierta dificultad una masa de basura carbonizada y mampostería ennegrecida que lo ahogaba, salí a lo que había sido aquel fatídico sótano.

Todo estaba claro. Mi padre, sea cual fuere la causa de que lo "tomaran a mal" en su comida (y creo que mi santa madre podría haber arrojado algo de luz sobre ese asunto) había sido indudablemente enterrado vivo. La tumba había sido cavada accidentalmente por encima del desagüe olvidado, y hasta casi la corona de su arco, y no se había utilizado ningún ataúd, sus esfuerzos por revivir habían roto la mampostería podrida y había caído a través de ella, escapando finalmente al sótano. Sintiendo que no era bienvenido en su propia casa, pero no teniendo otra, había vivido en reclusión subterránea, testigo de nuestro ahorro y pensionista de nuestra providencia. Era él quien había comido nuestra comida; era él quien había bebido nuestro vino; no era mejor que un ladrón. En un momento de embriaguez, y sintiendo, sin duda, esa necesidad de compañía que es el único vínculo de simpatía entre un hombre ebrio y su raza, había abandonado su lugar de escondite en un momento extrañamente inoportuno, acarreando las consecuencias más deplorables a sus allegados, un error que tenía casi la dignidad del crimen.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE  
[WWW.ELEJANDRIA.COM!](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA  
WEB**